

DISCURSO

de don Antonio Gómez Restrepo, en la junta solemne con que la Academia Colombiana conmemoró el tercer centenario de la muerte de Cervantes

Señores académicos:

Al ocupar esta tribuna me sentiría abrumado por la magnitud del encargo que me habéis dado, si no estuviera seguro de que nadie ha de esperar de mí que os diga cosas nuevas sobre Cervantes y su obra inmortal. Si se tratara de un ingenio modesto, podríais exigir que el orador fuera digno de pronunciar su elogio y se mantuviera a la altura del tema escogido; pero como el personaje a quien festejamos es el creador del *Quijote*, que ocupa un puesto entre los genios soberanos y a quien han tributado elogio los mayores críticos del mundo, bien comprendéis que sería ocioso el formular excusas por mi insuficiencia; y así, sin más preámbulo, os expondré unas cuantas consideraciones sobre el asunto, dejando al gran maestro, que ha de hablar después, (1) la tarea, fácil para él, grata para vosotros, de hacer un verdadero estudio del *Quijote*, propio de la ocasión y de las gloriosas tradiciones de la Academia Colombiana.

Conmemoramos este año la cristiana y hermosa muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, para cerrar la serie de homenajes que en los últimos tiempos se han consagrado, con motivo de fechas memorables, al manco de Lepanto, regocijo de las musas. Celebra la Iglesia la muerte de sus santos, porque la considera como el tránsito glorioso de esta vida perecedera, al gozo de la bienaventuranza. La desaparición de un

(1) Don Marco Fidel Suárez.

genio no tiene este carácter de alegría triunfal; porque no hay nada que compense el dolor que produce la extinción de un foco de donde irradian luz y belleza; y si ocurre que, muerto el artista, el mundo se complace en hacerle la justicia que tal vez le negó en vida, y en erigir monumentos a quien vivió oscuro e ignorado, cuando no perseguido, entonces esa reparación tardía aumenta la pena que nos causa el destino adverso que con frecuencia maltrata a los predilectos del arte, ungidos por el dedo de Dios.

Hace tres siglos moría en la ciudad de Madrid, Miguel de Cervantes, confortado con los auxilios de la Iglesia y acompañado por los miembros de su familia: ¡Escena de profunda melancolía, que aún conmueve las almas, al través del tiempo y la distancia! El soldado de Lepanto, el idealista incorregible, el que puso lo mejor de su sér en el espíritu de Don Quijote, quizá había soñado con una muerte heroica, en frente del enemigo, llorado por sus compañeros, laureado por su príncipe. Sin duda envidió más de una vez el fin de Garcilaso de la Vega, herido en todo el esplendor de la gloria literaria, cuya miel gustó, sin llegar a probar el acíbar del desengaño; y que cayó del muro enemigo, en brazos de Francisco de Borja y ante la mirada imperial de Carlos Quinto. Viejo y enfermo, sintió Cervantes que se acercaba el momento supremo; y a él se dispuso con la entereza propia de un hidalgo español. Pocas cosas hay en la historia literaria, que sean tan conmovedoras como la epístola que dirigió Cervantes al conde de Lemos, para dedicarle el *Persiles* desde su lecho de muerte. «Aquellas coplas antiguas—dice—que fueron en su tiempo tan celebradas . . . quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar, diciendo

Puesto ya el pie en el estribo
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan. . . . Pero si está decretado que haya de perder la vida, cúmplase la voluntad de los cielos.» Esta carta está fechada a 19 de abril de 1616: cuatro días después moría Cervantes; y era llevado silenciosamente a su última morada, en hombros de sus cofrades de la Orden Tercera de San Francisco, con el rostro descubierto, según disponía la regla.

En el campo de las letras españolas hay una muerte que nos causa tristeza análoga a la que producen los últimos momentos de Cervantes: es la de Don Quijote, trazada por el autor con breves y expresivos rasgos. Y ¿cómo no, si el novelista pudo pensar, al describir el fallecimiento de su héroe, que anticipaba su propio duelo funeral, por ser el personaje fantástico una proyección gloriosa del alma que lo engendró? Don Quijote recobra la razón y se dispone a morir. Sus amigos, los mismos que se habían esforzado por alejarlo de sus aventuras, quieren compasivamente reanimar sus ilusiones; pero él les dice: «Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.» Y agrega el narrador: «En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu. . . . quiero decir, que se

murió.» Nada más; nada de sentimentalismo romántico, nada de dramáticas exclamaciones. Pero quien ha seguido el curso de la historia; y ha penetrado en la intimidad de su héroe, aprendiendo a estimarlo y a admirarlo; quien en medio de la risa, ha sufrido hondamente con las desdichas de Don Quijote, comprende que pueda decirse, no en forma de paradoja sino como expresión de un sentimiento real, que al llegar a este último paso, se siente el deseo de rezar un *requiem* por el alma del caballero de la Triste Figura.

En una misma fecha—23 de abril—aun cuando en realidad con diez días de diferencia, por la discrepancia de calendarios, rindieron su alma a Dios, Cervantes y Shakespeare, los dos grandes genios creadores de España y de Inglaterra. Extinguiéronse esos soles, sin que los contemporáneos sintieran la tristeza que causa la desaparición del astro del día, ni se dieran cuenta de la pérdida irreparable que hacía el género humano. Fallecieron en silencioso aislamiento: el inglés a causa de su voluntario retiro de la escena y de los negocios del mundo, el español, porque la suerte contraria no le dio tregua en sus rigores, ni para que pudiera rendir en paz el último aliento. Shakespeare se olvidó tan completamente de las obras que constituyen su gloria, que, como observa el doctor Brandes, en su testamento ni siquiera las menciona; dando con esto asidero a algunos eruditos para reforzar la hipótesis de que él prestó su nombre a fin de que se representaran como suyos dramas que no habían salido de su pluma. Cervantes amaba la gloria literaria: tenía fe en su genio; creía que sus obras pasarían a la posteridad; pero tenía que consolarse, con esta esperanza de justicia póstuma, del puesto secundario a que se vio reducido entre los escritores de su tiempo. Muertos Cervantes y Shakespeare, su fama fue extendiéndose, hasta llenar el mundo. La del autor de *Otelo* ha recibido acrecenta-

miento del inmenso poderío del imperio británico, que ha llevado a todas partes el nombre de su poeta, envuelto en los pliegues de su temido pabellón y saludado por las bocas de sus potentes cañones. El renombre de Cervantes se ha extendido por sí solo, sin deber mucho al prestigio político de su patria, la cual, decaída de su antiguo esplendor, no podía ofrecer triunfales influencias a su gran novelista; y antes bien, ha debido a la gloria del *Quijote* el no ser olvidada por pueblos que antes la temían. Dijo Carlyle que si Inglaterra tuviera que escoger entre perder a Shakespeare o renunciar a su imperio colonial, debía aceptar el segundo sacrificio, como menos doloroso para su gloria; concepto que se explica con la consideración de que el predominio político suele ser transitorio e incierto; y es firme y duradera la influencia de las letras y las artes. España, en pocos siglos, se vio desposeída de su enorme imperio, que se extendía a todos los continentes: en cambio, la gloria que recibe por ser patria de Cervantes, es imperecedera. Los pueblos que más eficazmente contribuyeron a derrocar su poderío, son los mismos que han contribuido más al renombre del *Quijote*. Cervantes es uno de los más poderosos vínculos de unión entre todas las naciones de origen hispano. Es quizá el único nombre que puede congregar a todos los hijos de la raza en un movimiento unánime de generoso entusiasmo y avivar el sentimiento de confraternidad, que otras grandes memorias son incapaces de despertar de tan enérgica manera. El Cid, el Gran Capitán, Don Juan de Austria, el Cardenal Cisneros, Hernán Cortés, son nombres preclaros, timbres de la Madre Patria. Egregia figura es la de Isabel la Católica. Pero esos y otros grandes personajes, si inspiran admiración y muchos de ellos, simpatía, no lograrían, con el recuerdo de sus glorias, levantar al mundo hispano en un impulso de elación; Cervantes sí; demos-

trándose de ese modo, contra lo sostenido por el ingenioso Hidalgo en un discurso célebre, que en este caso, por lo menos, las letras han alcanzado decisiva superioridad sobre las armas, ante el juicio sereno de la posteridad.

Escribió Cervantes el *Quijote*, según reiterada declaración suya, para poner en descrédito la absurda afición a los libros de caballerías: pequeño motivo, según observan los críticos, para escribir tan grande obra. Es indudable que Cervantes tenía especial inquina a esa necia literatura, entre otras razones, porque consideraba que tales engendros desacreditaban un género por el cual sentía él no disimulada simpatía y que consideraba digno de ocupar la atención de grandes ingenios. De ahí la saña con que ridiculizó a los Esplandianes y Belianises, como profanadores de algo que a él le inspiraba admiración y respeto. En cambio, puso sobre su cabeza a Amadis de Gaula, abuelo espiritual de Don Quijote. Entre sus íntimos anhelos estuvo sin duda, escribir un verdadero libro de caballerías, para dar en rostro con una obra de arte, a tanto forjador de estúpidas invenciones. Todo esto se colige de aquellas palabras del Canónigo, en cuya boca puso Cervantes sus propias opiniones literarias. El pasaje es digno de citarse: «Dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho pudiese correr la pluma describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren; . . . ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un des-

aforado bárbaro fanfarrón: acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. . . . y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más posible que fuere a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que se consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente; porque la escritura desatada destelbro dé lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.» ¿No es éste el programa completo del *Quijote*? No podría con razón sostenerse que este libro es una novela de caballerías, elevada a la dignidad de la poesía épica y convertida en el poema nacional de los españoles, como calificó al *Quijote* nuestro insigne Caro en uno de sus mejores estudios? La literatura caballeresca es, según los críticos, una degeneración de la épica de los tiempos medios; Cervantes la rehabilitó en su antigua grandeza, pero sazónándola con el elemento irónico, sin el cual una obra de esta clase no habría tenido éxito en una época crítica como lo fue el Renacimiento. Con todo, dejó a salvo el principio inmortal, la esencia poética de la caballería; y enterró la parte caduca y anacrónica, envolviéndola en el sudario de una blanda y deliciosa ironía, que la conserva intacta e incorruptible, como si fuera una de esas preparaciones aromáticas con que los egipcios defendían de la corrupción los restos de los seres a quienes habían amado en la vida.

Si el poema épico es el libro nacional por excelencia, ninguno en España puede compararse por este

aspecto con *Don Quijote*, al lado del cual tienen importancia secundaria, como representantes del alma popular, la *Araucana*, el *Bernardo* o la *Cristiada*.

¡Original epopeya, cuyo héroe nunca existió, y tiene, sin embargo, vida más duradera que los personajes célebres de la historia! Extraño poema, comenzado como obra de risa y coronado como una glorificación del mismo ideal que aparece sometido en el curso del relato a la terrible prueba de la burla y a la más dura tal vez de la lástima compasiva! Epopeya humorística, en que por primera vez quizás, la sátira pierde su sabor amargo, la acritud que producen la desilusión y el desencanto; y se torna benévola y humana, ennobleciendo la risa con la gravedad melancólica de una lágrima! Poema en que el autor, poniendo en práctica una teoría suya ya citada, prescindió de la forma ideal del verso, favorita de Homero, de Virgilio, del Dante y de Ariosto, y usó una prosa que en variedad, riqueza y fuerza de expresión compite con el lenguaje de los más grandes poetas; de caudal tan vasto, que en ella encuentran adecuada expresión todos los sentimientos y pasiones; de tan maravillosa plenitud, que nos da la impresión inmediata y directa de la vida, de todos los aspectos, ya grandiosos y fuertes, ya humildes y burlescos, de la tragicomedia humana.

El egregio crítico e historiador Taine, en el hermoso libro que dedicó a analizar el genio del poeta de las *Fábulas*, llega en su entusiasmo, a apellidar a Lafontaine el Homero de Francia, y a ver en aquella epopeya del reino animal una representación simbólica de la sociedad de su tiempo. «Hombres, dioses, animales, paisajes, la naturaleza entera y la sociedad de entonces, todo eso está contenido en libro tan pequeño.» Si el gran pensador halló posible esta comparación y no temió ser calificado de paradójico al sostener que en el león del fabulista podía descubrirse la figura

del solemne monarca de Versalles, y en los animales de su corte los más caracterizados tipos sociales; con cuánto mayor razón puede establecerse el paralelo entre Homero y Cervantes, quien trazó un cuadro completo de la España de su tiempo y presentó en escena todas las clases, encarnándolas, no en figuras alegóricas, sino en seres llenos de animación, y de vitalidad tan asombrosa que todavía, después de tres siglos, solemos entrar en plática espiritual con ellos!

El docto e ingenuo don Vicente de los Ríos, académico del siglo dieciocho, en su conocido análisis del *Quijote*, hace un minucioso cotejo entre esta obra y la *Iliada*; y si los resultados no siempre satisfacen ni la comparación contribuye mucho a dar luz sobre el verdadero valor del *Quijote*, no es porque no haya parentesco entre esos dos genios y sus respectivas obras maestras; sino porque éste ha de buscarse, no en ciertos procedimientos que pudiéramos llamar retóricos; no en el desarrollo técnico de la acción; sino en algo más sustancial: en la compenetración del genio del artista con el alma de su nación; en la visión serena, luminosa y penetrante de la naturaleza y del hombre; en la fuerza creadora, que del fondo oscuro de la leyenda o del humilde limo de la vida común, saca seres dotados de alma y cuerpo, ejemplares magníficos de una humanidad más grande, más bella, más poderosa que aquella que nos es dado contemplar con los ojos de la carne; en el poder animador que, no solamente mueve las grandes masas humanas y pone en acción la energía colectiva, sino que con un rasgo, con un toque, con una frase, caracteriza una situación, una actitud, una figura, y hasta nos revela el fondo de un alma. Si las armas de Aquiles brillaron como deslumbrante meteoro ante la imaginación de los griegos, la herrumbrosa armadura de don Quijote esparce lampos de luz y ráfagas de plácida alegría. Pero qué mu-

cho, si podría sostenerse sin exageración que el yelmo de Mambrino, triunfalmente colocado en su cabeza por el ingenioso Hidalgo, es tan familiar al mundo, como el tricornio legendario que ciñó la frente formidable del gran capitán del siglo XIX!

Cómo puede explicarse esa predilección que siente el género humano por el caballero de la Mancha? Ah! señores: porque todos llevamos en el fondo de nuestro ser un soñador incorregible, que reconoce su hermandad con don Quijote; porque todos hemos acariciado planes grandiosos, que se han hecho girones al choque con la realidad; y vemos simbolizados nuestros sinsabores y desengaños en las desventuradas aventuras del caballero andante. Quién no ha soñado en escalar las alturas, en ceñir las coronas de la gloria, en lidiar las grandes batallas de la justicia, de la fe, del honor patrio? Quién no ha concebido un ideal supremo de belleza, del cual son rotos fragmentos todas las hermosuras terrenas, y quién no ha aspirado a convertirle en realidad, para gozar desde este mundo las dulzuras de la contemplación beatífica? Quién no ha sido, a sus horas, ya un loco, ya un niño? Extraño ser aquel en quien nunca hubiera oscilado el equilibrio de todas las facultades y hubiera vivido siempre bajo el imperio frío de la severa razón! Pero esos sueños y locuras que encienden nuestra mente y avivan el correr de nuestra sangre, mueren escondidos allí donde nacieron: y somos tímidos e irresolutos para lanzarnos por el mundo en cruzada de aventuras, enarbolando la enseña de nuestro ideal y procurando rendir ante él a las potestades enemigas. Pero si somos de condición flaca y vacilante, no por eso dejamos de admirar, antes bien lo admiramos con más simpatía, a quien, como don Quijote, rescata con su arrojo temerario, la indecisión de los demás; y refrenda su fe con sangre de sus venas; y aun derribado y vencido y con la espada

enemiga al cuello, todavía proclama con arrogancia la excelencia de su misión y la grandeza redentora de su ensueño.

Acrece nuestra simpatía por don Quijote la consideración de que el escritor que le dio vida fue uno de esos seres en quienes combaten sin descanso los grandes anhelos con las mezquindades de la suerte. Amante de la independencia, fue huésped de las cárceles y pasó los mejores días de su juventud en las mazmorras africanas, bajo el odioso cautiverio de los sectarios de Mahoma. Soldado valeroso, soñador de heroicas hazañas, tuvo que aceptar infimos empleos de recaudador y de proveedor de abastos y salió alcanzado en sus embrolladas cuentas. Escritor dramático, se vio eclipsado por el astro triunfante de Lope de Vega. Cliente de grandes señores, dedicó la primera parte del Quijote a un potentado imbécil, que no se dio cuenta de que esa dedicatoria era su pasaporte para la inmortalidad. Cervantes, en sus postreros días, nos parece un león del desierto reducido a un rincón de su jaula, doliente y envejecido, que tiene que sufrir la mordedura de la serpiente, el indigno remedo del simio y el artificioso engaño de la vulpeja. Y ese hombre no dejó como herencia a la humanidad una de esas sátiras vengadoras, que vierten hiel y veneno y revelan un alma ulcerada; no predicó la desilusión ni el escepticismo; no fue un pensador corrosivo como La Rochefoucauld, ni un denigrador espantoso de sus contemporáneos, como Saint Simon; dejó una obra risueña y grave a la par; profunda y luminosa, que ha servido de regocijo y de enseñanza a todo el mundo. Cultivó los dolores de su alma para que de ellos, como de terreno bien regado, brotasen flores de alegría y de esperanza; acendró su melancólica experiencia de la vida, para que en ella libasen enjambres de áticas abejas y labrasen miel de ilusión y de hermosura. Des-

dichado fue; pero el cielo le concedió inefables compensaciones: contempló la belleza ideal como pocos mortales lo han conseguido; tuvo la más alta revelación del arte que brota de las entrañas de la vida. Al paso que sus más ilustres rivales se entretenían en hacer maravillosos apuntes y bosquejos de las figuras de su tiempo y en ejecutar relieves de noble inspiración, él talló en la roca viva de la humanidad dos seres tan grandes, tan duraderos, que cada nuevo siglo los reconoce por suyos, interpretándolos a su modo; y todos pensamos en ellos como en viejos amigos y compañeros predilectos para el viaje de la vida.

Dijo Byron que Cervantes había dado muerte con su sátira al espíritu caballeresco en España; como si en tiempo del duque de Lerma la caballería hubiera podido ser otra cosa que un poético recuerdo! ¡como si Don Quijote no fuera el más grande e insigne de los caballeros andantes! El hidalgo manchego sentía el parentesco espiritual que lo enlazaba con los hombres ilustres de su estirpe: con el Cid, a quien venera; con Hernán Cortés, a quien recuerda con admiración y simpatía. Sólo que Don Quijote, héroe nacido cuando se iniciaba la triste decadencia de España, es grande hombre por el pensamiento; pero fantasma anacrónico en el campo de la acción. En su alma brillan los más puros ideales que han guiado a la raza española en sus mejores empresas y en su corazón arden los más nobles y delicados sentimientos. Pero, el pobre hidalgo, símbolo doliente de su patria, no tiene fuerzas suficientes para realizar con la punta de la lanza lo que lleva en su exaltada fantasía. Cervantes no podía colocar a su héroe al frente de las huestes españolas, en campos como los de Pavía o de Mulhberg o delante de los muros de San Quintín; y lo hizo cabalgar solitario, sobre flaco rocín, en las desoladas llanuras de la Mancha, para que cayera, herido y maltrecho, pero no acobar-

dado, bajo las piedras de los galeotes o los palos de los yangüeses, dignos representantes de la fuerza bruta, que acabaría por señorear el mundo, si no existiera en el corazón de la especie humana una chispa de ideal que no muere ni puede morir, porque ha sido puesta allí por la mano de Dios.

Algo de ese espíritu que se ha convenido en llamar quijotesco, se advierte en todas las épocas de la historia de España; y anima a individuos de todas las clases sociales, desde el grande Emperador Carlos V, que emplaza a su rival Francisco I, a un combate singular, para decidir por la suerte de las armas, el destino de Europa, hasta el alcalde del pueblecillo de Móstoles, quien, al otro día del 2 de mayo, se pronuncia contra Napoleón y le declara la guerra; desde el célebre Suero de Quiñones, que, con una argolla de cautivo al cuello, se plantó en la puente de Órbigo para romper hasta trescientas lanzas con los caballeros que por allí pasasen: empresa ofrecida como rescate de su amoroso cautiverio (1), hasta el capitán de Loyola, que vela sus armas delante de la Virgen de Montserrat, como un verdadero caballero andante, antes de emprender la formación de la formidable milicia espiritual, que sirvió de valla a la invasión protestante. Y no es sólo en los individuos en quienes se manifiesta este espíritu caballeresco: compatriotas del héroe que hizo abrir la jaula de los leones y pretendió lidiar con ellos, eran esos marinos españoles que en la bahía de Manila se lanzaron en barcos de madera, que recordaban las carabelas del siglo XV, contra los acorazados norteamericanos, para perecer con honra. Y ha

(1) La relación pormenorizada de este curioso episodio consta en *El libro del paso honroso defendido por el excelente caballero Suero de Quiñones, copiado de un libro antiguo de mano, por Fray Juan de Pineda, Salamanca 1588.*

habido otro pueblo, de origen hispano, que postrado en el lecho del dolor, desangrado e inerme sintió en el cuello el pie del gigante que lo amenazaba; y prefirió el sacrificio al deshonor; y mientras el hacha enemiga desgarraba sus carnes y le arrancaba porción preciosa de su patrimonio, él persistía en afirmar su derecho y en protestar contra el despojo, procurando hacerse oír entre las risotadas pantagruélicas con que el monstruo celebraba el festín de su fácil triunfo y escarnecía a su víctima indefensa.

Hechos tales hubieran recibido el aplauso del magnánimo Cervantes, quien no quiso acallar en su raza las voces del heroísmo, del arrojo temerario, del idealismo generoso, ni dejó nunca de pensar que antes está el honor que la vida y que hay trances para los hombres y para los pueblos, en que deben preferir ser borrados de la historia por el hierro y no por el desprecio. Cervantes habría estado con las gentes de su estirpe en todos los peligrosos trances a que ella ha tenido que exponerse para salvar su independencia o su honra; él, que fue un constante vencido de la suerte, no era hombre para mirar con ojos llorosos un honroso vencimiento. No es el *Quijote* un breviario de prudencia casera; de cálculo meticuloso; de receloso escepticismo. La enseñanza egoísta que se desprende de las máximas y pensamientos de algunos de los más célebres moralistas laicos y aun de fabulistas como La Fontaine, no tiene cabida dentro de las altivas concepciones de Cervantes. La lección que encierra el *Quijote* es muy distinta: él nos enseña que no bastan el entusiasmo generoso, los nobles propósitos, el denuedo temerario, para realizar grandes empresas; pues esos altos móviles requieren medios adecuados para conducir a un resultado feliz, compensando las fatigas de la lucha con el goce sereno del triunfo. Cervantes nos muestra los peligros del individualismo visionario, que

se concentra en la contemplación de sus fantásticas ilusiones, perdiendo el contacto con la realidad, y aislado del concierto social, pretende sustituir a la acción colectiva, regida por la ley, en beneficio de todos, su iniciativa solitaria, convirtiendo «en fueros sus bríos; en premáticas, su voluntad.» Hay ocasiones en que los individuos y aun las naciones tienen que mostrarse quijotes; y no es raro que lo que se calificó primero como arranque de locura, sea aplaudido después, como intuición del genio; porque, como dijo el gran poeta castellano,

El genio! la locura! quién decide
Tan difícil cuestión! quién fija y nombra
La línea imperceptible en que coincide
La clara luz con la nocturna sombra?

Pero si el quijotismo puede ser, en excepcionales circunstancias, un imperativo de la ley moral, no debe tomarse como regla de vida. Cervantes, soldado intrépido, herido en «la más alta ocasión que vieron los siglos,» y organizador, en su cautiverio de Africa, de novelescos planes de sublevación contra los moros, era testigo de la mayor excepción y tenía autoridad y derecho para aconsejar a sus compatriotas que no gastasen sus energías en esfuerzos aislados, en luchas estériles; que acompasasen sus arrestos bélicos con los consejos de la prudencia y de la sensatez; reflexionando, antes de querer escalar la luna, si tenían a su disposición el corcel alado de Astolfo o sólo podían cabalgar en el dorso inerte de Clavileño. El individualismo anárquico ha sido rasgo distintivo de la raza española. Así se ve que en las grandes luchas nacionales, los verdaderos y eficaces caudillos han sido los guerrilleros. De aquí, dispersión de fuerzas, falta de unidad y de concierto en la acción; inferioridad respecto de pueblos de más vigorosa disciplina y de mayor cohesión.

social. Don Quijote exclama con arrogancia: «¡Yo sé quién soy!» como afirmando enfáticamente, contra toda duda, la efectividad de sus ensueños de caballero andante. El mundo externo es una prolongación, un reflejo de su propio sér; una creación de su extraviada fantasía. Nada le importa la opinión de los demás hombres; y parece que no necesitara de la ayuda de nadie para realizar sus ínclitas empresas: él solo se basta y se sobra. La realidad se venga duramente, derribándolo, roto y maltrecho, de su soñado bridón de guerra; pero nada es capaz de hacerlo descender del corcel de sus ilusiones. Cuando vuelve en sí, no es tiempo ya de enmendar el viejo error, sino de prepararse a morir como buen cristiano. ¡Gran lección de filosofía práctica, que nuestra raza no ha aprendido suficientemente, por lo cual, más de una vez, ha hecho estimación excesiva de su denuedo, ha confiado demasadamente en la eficacia de su derecho, se ha dejado adormecer con recuerdos de grandezas pretéritas, y al despertar, se ha visto desprevenida en frente de enemigos más positivos, menos escrupulosos, que se ríen de las ejecutorias del Cid y dan mayor importancia a la fuerza persuasiva de sus cañones.

Cervantes quiso hacer ver a sus compatriotas que la edad heroica había pasado; y se abía la de organización, la de estabilidad y reposo; la que sin descuidar las armas debía consagrar las energías nacionales al desarrollo de la industria y del comercio. Cervantes, con su genio sereno y equilibrado, quiso poner en fuga los últimos restos del anarquismo medioeval, del espíritu luchador y pendenciero, engendrador de peligrosas aventuras; y abrió la edad moderna mostrándola a sus compatriotas, no como un palenque listo para celebrar juicios de Dios, sino como un campo de luchas en que el triunfo habría de ser para la actividad mejor regida, para la energía más ordenada, para el que mejor su-

piera aplicar la experiencia al estudio de los fenómenos económicos y sociales.

Pero como Cervantes quería dar una severa lección, sin herir con su sátira las condiciones más nobles de su pueblo, sin hacer del idealismo caballeresco, que dio origen a tantas empresas heroicas, un objeto de escarnio, creó en el extraviado hidalgo de la Mancha uno de los seres más interesantes y simpáticos que ha visto el mundo; tipo patriarcal, que recuerda a los viejos educadores de los pueblos, formuladores de sentencias de ejemplar sabiduría; modelo del perfecto cortesano; guerrero y hombre de letras; fiel a Dios y devoto a su dama; espejo de delicadeza en todas sus relaciones sociales; leal, veraz, desinteresado y caritativo; corazón de oro, palpitante bajo acartonado pecho; «fantasma armada,» que gira envuelta en la atmósfera luminosa de la más extraordinaria poesía. Libro es el *Quijote* de estructura sencilla y de perpetua invención; en que nos parece asistir a la elaboración misteriosa de la obra de genio y vemos brotar de un detalle menudo un episodio completo. Diríase que a cada paso que da Rocinante, se va ampliando el horizonte que domina su señor; y lo que empezó como una cabalgata dentro de los términos de la Mancha, abarca toda la extensión de la vida humana. Se ha dicho que Don Quijote simboliza lo ideal y Sancho Panza lo real: uno y otro son figuras tan desbordantes de vida, que no se acomodan a la rígida representación de este contraste simbólico: ambos son alternativamente cuerdos y locos; y los juicios contradictorios que, según las circunstancias, formulan amo y criado, el uno acerca del otro, revelan la complejidad de sus caracteres. Tan soñador es el gobernador de la insula Barataria, como el visitante de la Cueva de Montesinos: sólo que cada cual fantasea según su índole y su educación. El uno crea visiones de extremada hermosura y perfección;

el otro se solaza con representaciones tentadoras de material bienestar. Si todos soñamos, como dice Calderón, puede medirse la calidad de los hombres por la alteza de sus sueños.

Graciosamente se contraponen los conceptos y criterios de amo y de criado y se responden como los semicoros de una tragedia griega, haciendo fluctuar el ánimo, con ese constante tránsito de la categoría de lo ideal, a la más prosaica realidad. Recuérdese aquel pasaje de la primera parte, cuando Sancho regresa a Sierra Morena de su fingido viaje al Tobosó. El amo pregunta y el escudero contesta: «Llegaste, y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de canutillo, para este su cautivo caballero. No la hallé respondió Sancho, sino ahechando dos anegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo, eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste amigo, el trigo, era candeal o trechel? No era sino rubión, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante, cuando la diste mi carta ¿besóla? púsose la sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia digna de tal carta o qué hizo? Cuando yo se la iba a dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena porción de trigo que tenía en la criba; y díjome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Todo va bien hasta ahora, dijo don Quijote; pero dime qué joya fue la que te dio al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, y a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias y

en agradecimiento de su recado.—Bien puede ser eso así; y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía de ser en tiempos pasados, que ahora sólo se debe acostumbrar el dar un pedazo de pan y queso; que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y aun, por más señas, era el queso ovejuno.»

Por cierto que cuando Sancho empequeñece tan cruelmente las visiones radiantes de don Quijote, con los rasgos realistas ya citados, y aun otros más fuertes y prosaicos, está tan lejos de la realidad como su amo, pues ni uno ni otro conocían a Dulcinea; y el socarrón escudero muéstrase aquí como un precursor de ciertos noveladores naturalistas, que para mostrarse fieles intérpretes de la naturaleza, se dedicaron a abultar los aspectos más deformes de la miseria humana; y con sus descripciones lúgubres y pesimistas, calumniaron a la sociedad, que no veían sino al través de sus preocupaciones de escuela, resultando artistas tan falsos y arbitrarios como los románticos más calenturientos. La Dulcinea de Sancho era tan fantástica como la de don Quijote; pero qué diferencia entre el ideal concebido por el rústico aun cuando malicioso aldeano, y la inviolada y suprema hermosura que creó el sublime loco en esfuerzo supremo para desprenderse de las escorias terrestres y elevarse a la región inmaculada de las ideas puras!

Oh noble don Quijote, que vives en la inmortalidad, despojado de los accidentes caducos que oscurecieron y humillaron tu grandeza; sírvenos de maestro, para cultivar en nuestras almas esa elevación y nobleza de sentimientos que te mantuvieron incontaminado en un siglo decadente y en un medio social lleno de miserias morales; haciendo de la verdad un escudo; de la hombría de bien un título nobiliario; del amor un culto; del desinterés una ejecutoria; infunde-

nos ese valor sobrehumano con que pediste a tu vencedor que te diera muerte, antes de consentir en que la imagen de Dulcinea descendiese del trono excelso en que la habías colocado, y enséñanos a morir mansa y severamente, despejada la razón y el alma puesta en Dios. Y tú, Sancho bueno, Sancho leal, como te llamaba tu amo, danos ese tu sentido práctico con que pretendías corregir las poéticas quimeras de tu señor; enséñanos a no arremeter contra los molinos de viento, a no pretender libertar a galeotes porque nos exponemos a perecer bajo las piedras que son natural recompensa de estas hazañas; y enséñanos sobre todo ese arte de purificación moral, que convirtió al calculador grosero, que a la primera esperanza de la ínsula codiciada, soñaba con vender a sus súbditos como esclavos, en el gobernador ejemplar, dispensador de recta justicia; que dejó voluntariamente el poder, exclamando: «desnudo nací; desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel;» y alejándose de los hombres sin entrañas, corre en busca del rucio, su único amigo; lo abraza y le da un beso de paz en la frente, diciéndole estas palabras: «venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias.» Enseñadnos, oh inclito caballero y oh escudero fiel y legal, el arte de regocijar a nuestros semejantes; de ofrecerles algunos frescos oasis de alegría en medio del arrenal desolado de la vida; de hacer florecer la risa, ingenua y sana, don preciado que Homero consideró digno de entrar en el olimpo, de desarrugar el ceño de Júpiter y plegar graciosamente los labios de las diosas inmortales.

Es sabido que Cervantes quiso venir a Santafé de Bogotá: hecho que bastaría para que esta ciudad se sintiera obligada con el autor del *Quijote*. Si ese deseo se hubiera cumplido, sin duda la humilde San-

tafé habría entrado en los dominios del arte, inmortalizada por su huésped, que en cuanto escribió, dejó el recuerdo de los sitios que había visitado, de los hombres que había conocido. Nuestra capital habría sido lugar interesante, objeto quizá de peregrinación para los enamorados del genio de Cervantes. Se mostrarían al viajero la casa de su habitación, el templo que frecuentara, los sitios de sus aventuras y andanzas. El desdén de los consejeros del rey, nos privó quizá del honor incomparable de que aquí naciese el *Quijote*. Bien podemos fantasear lo que hubiera sido para una imaginación como la de Cervantes, la contemplación del nuevo mundo, con sus magníficos panoramas. El, que tanto efecto supo sacar de unos prosaicos batanes, de unos escuálidos molinos de viento, ¡qué no habría podido idear ante un portento natural como el Tequendama! Figuráos a don Quijote, coronando con su fantástica figura al monstruo de las aguas, que le habría parecido corcel digno de su arrojito para lanzarse sobre su dorso de espumas a abismos más hondos y encantados que los de la cueva de Montesinos! Apartemos los ojos de esta visión irrealizable para recordar que, dos siglos después, otro héroe de caballerías, que se reconocía como hermano de alma de don Quijote, pero magnificado por el genio, llegó al borde de la catarata, y en raptó de locura, digno del hidalgo manchego, se lanzó sobre la piedra que domina el abismo y fijó el recuerdo de su nombre y de su gloria sobre el panorama fugitivo de las nieblas y de las aguas. Desde entonces Bolívar es el genio protector del Tequendama.

Si este discurso hubiera sido escrito por un verdadero cervantista, os habría dicho en pocas palabras cosas nuevas y bellas sobre *Don Quijote*; porque las obras maestras son fuente inagotable de meditación y de estudio, y a medida que se penetra en su fondo se abren ante los ojos del investigador nuevas perspecti-

vas. Requieren ante todo un vasto comentario filológico que beneficie los tesoros encerrados en esas opulentas minas del idioma, como el que han consagrado al *Quijote* los esclarecidos eruditos don Francisco Rodríguez Marín y don Julio Cejador. Exigen profundas investigaciones históricas para fijar nombres y fechas; aclarar alusiones dudosas; establecer las relaciones que existen entre la obra y la época en la cual fue compuesta y descubrir los originales que pudieron servir como de apunte o bosquejo para la creación de tipos inmortales. Y demandan una no interrumpida elaboración crítica, que aprovechando los resultados positivos de los anteriores trabajos, descubra otros puntos de vista y coloque a nueva luz lo que ha sido juzgado de manera confusa o incompleta. Obras como el *Quijote* y *Hamlet* tienen el raro privilegio de ser mejor comprendidas y gustadas hoy, que en la época de su aparición; y quizá en lo futuro satisfagan de manera más completa las necesidades espirituales y las aficiones estéticas de otras generaciones. Son obras vastas y luminosas que dejan en el alma una honda y dulce impresión y al propio tiempo, estimulan el pensamiento, dejándolo entrever misteriosas profundidades, ocultas detrás de tanta luz. Son como el cielo estrellado en una noche serena cuya contemplación hechiza la mirada y conmueve y hace temblar al espíritu que considera cómo en el lácteo seno de la nebulosa se están formando quizá nuevos sistemas de soles, así como en las obras maestras del arte van germinando no sospechadas revelaciones; y cómo más allá de esas estrellas que parecen sonreírnos, se abren abismos que aterran con su imponente silencio y majestad sobrenatural. Y el hombre abrumado ante tanta grandeza dobla la frente, se humilla y adora el poder divino que así tachona de astros el firmamento como enciende la llama del genio en la mente del hombre!

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO--FILOSOFÍA—CIENCIAS,
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$	20
Suscripción por año (adelantada).....		180
Número atrasado.....		30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don CARLOS UCRÓS. Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico